

Cursillo de Mariología "María Madre de nuestra fe"

por

Monseñor José Ignacio Munilla

Capítulo 1º

Un saludo a todos los oyentes de Radio María y a todos los que también seguís esta emisión por otros conductos, también telemáticos.

Bueno, pues, me presento:

Soy monseñor José Ignacio Munilla, obispo de San Sebastián, y quiero compartir con todos vosotros, con todos ustedes, cinco reflexiones, cinco charlas, a modo de un cursillo sobre la Mariología, sobre nuestra fe en la Virgen María.

Lo impartimos en un mes como es el mes de mayo, un mes muy especial dedicado a la Virgen María.

Y bien, cada uno de los días iré a abordar un aspecto concreto. En este 1^{er} día haremos una introducción y contextualización. Pasaremos después, en la 2^a jornada, en la 2^a de las charlas, a hablar de las bases bíblicas, escriturísticas de nuestra fe en María. Después hablaremos de su Maternidad Divina, y hablaremos también de la Virginitad de María. Después pasaremos a hablar de la Inmaculada Concepción, de la Asunción de María a los cielos. Y, por último, el último de los días lo reservaremos a la espiritualidad mariana y también a lo que es el culto a la Virgen María.

01:14

Por lo tanto, hoy (el primero de los días de este cursillo sobre Mariología, al que he puesto como título "Madre de nuestra fe") quisiera, a modo de introducción y de contextualización, hablar de cuáles son los motivos principales que nos llevan a subrayar la importancia de la fe en la Virgen María.

Bueno, y, antes de entrar en tema, me parece que debo ser muy honesto con vosotros, ¿eh?, porque el que habla no hace sino transmitir lo que ha recibido; no penséis que yo, pues, soy una persona que sea un teólogo que tenga su producción propia... No. Yo soy un obispo catequista que, uno de los grandes dones que he recibido ha sido el de explicar el Catecismo de la Iglesia Católica. Entonces, por lo tanto, quiero revelaros mis fuentes, que no son nada originales, obviamente, ¿no? (aquí las originalidades, pues, están de sobra). Quiero decir que primeramente me voy a basar en el Catecismo de la Iglesia Católica, que es una gran «joya», la gran joya que nos dejó S. Juan Pablo II a la Iglesia.

Si uno se fija en el índice temático del Catecismo, ve que en distintos momentos se habla de la Virgen María, pero especialmente hay dos momentos en la explicación del Credo:

–Cuando se explica el art. del Credo que dice: "Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de la Virgen María", allí desarrolla una serie de puntos el Catecismo sobre la Mariología (son los puntos 484 al 511).

–En la parte del Credo en la que se dice "Creo en la comunión de los santos", allí, de nuevo, el Catecismo se expresa hablando de María Madre de la Iglesia (son los puntos 963 al 975).

Son, digamos, las partes del Catecismo en las que se desarrolla la fe católica mariana, en María.

03:18

Pero también hay otros documentos importantes:

Por ejemplo, nuestro queridísimo san Juan Pablo II, el año 2002, nos regaló una carta apostólica llamada *Rosarium Virginis Mariae*. Seguro que muchos recordáis este momento, cuando san Juan Pablo II dejó como legado la ampliación de los misterios Luminosos: a los misterios Gozosos, misterios Dolorosos, misterios Gloriosos les añadió los misterios Luminosos. Eso fue en el entorno de una carta apostólica, *Rosarium Virginis Mariae*, en la que también ([**remarca:**] el año 2002) me serviré de ella.

04:00

Y, ¿cómo no?, me serviré de dos encíclicas importantes de los últimos años de la vida de la Iglesia. Una, de san Pablo VI, llamada *Marialis Cultus*, que fue una encíclica publicada en el año 1974, después, ya, del Concilio Vaticano II, en la que san Pablo VI, el Papa Pablo VI, quiso hablar de cómo es el culto a la Virgen María. Yo creo que, además, lo hizo siendo consciente de que había habido una equivocada recepción del Concilio Vaticano II, que había llevado a que muchos olvidasen a María; habían entendido mal la doctrina del Concilio, como si la doctrina del Concilio hubiese que traducirla en quitar altares a la Virgen María, y quitar los santos y... No, era un error, una interpretación de tipo iconoclasta racionalista del Concilio Vaticano II. Y, por eso, Pablo VI publicó esa Encíclica *Marialis Cultus*, centrando las cosas.

05:01

Y, años más tarde, san Juan Pablo II, en el año 1987, publicó otra encíclica, "*Redemptoris Mater*" (= "Madre del Redentor"), sobre el papel de la Virgen María en la vida de la Iglesia, también me apoyaré mucho en esta encíclica.

Por cierto, permitidme un pequeño excursus, ¿no?, a modo de anecdotario. Esta encíclica *Redemptoris Mater*, del año 1987, fue publicada en la preparación del bimilenario del Nacimiento de Jesús, ese gran año jubilar que fue el año 2000, pero, claro, también Juan Pablo II quería celebrar el bimilenario del nacimiento de María. Entonces... claro, la Virgen María ¿qué años tendría cuando fue madre de Jesús? Y entonces se hizo un cálculo que a nosotros nos puede llamar la atención, porque en aquel tiempo la maternidad era a edades muy anteriores, mucho más tempranas de lo que es actualmente, ¿no? Entonces, sabemos que las doncellas judías se consideraban casaderas a partir de los doce años y seis meses, y que, un año más tarde (con trece años y seis meses), ya se procedía al compromiso matrimonial. Y, por lo tanto, María, como una doncella judía, pues, sería madre de Jesús muy joven, muy joven. Pudo tener, según el protoevangelio de Santiago (uno de esos evangelios apócrifos), dice que María fue madre de Jesús con quince años. Según la tradición judía, podía haber sido con trece, catorce años, ¿no? Nos

puede llamar la atención esto hoy en día, pero es que tened en cuenta que en aquel tiempo la edad media de vida estaba entre treinta y cuarenta años...

06:54

La Virgen era una madre jovencísima, una doncella muy joven. La edad que podía tener María cuando su hijo Jesús murió en la cruz, con treinta y tres años, pues... María podía tener cuarenta y siete años, era una madre **muy** joven. Cuarenta y siete..., cuarenta y ocho años el momento en que su Hijo fue muerto en la cruz.

Por eso que María acompañó durante bastantes años a la primera Iglesia, viviendo con Juan, el Apóstol, que "la recibió en su casa"¹.

07:22

Bueno, éstas van a ser mis fuentes. Y también, por contároslo todo, os voy a decir que «un discípulo cita a sus maestros», y que, además del Magisterio de la Iglesia, este obispo que os habla, cuando era un seminarista [con recuerdo entusiasta:] tuvo un gran profesor de Mariología, del cual aprendí muchísimo, que fue un regalo que Dios me dio, tener alguien tan enamorado de la Virgen, y que explicaba **muy bien** las cosas. Se llamaba el P. Cándido Pozo; era un jesuita que falleció el año 2011 con 85 años de edad; un jesuita español; un gran estudioso de la Virgen María. Y que, además de haber sido profesor en otras facultades –yo, entonces, era seminarista en la universidad de Toledo– y tuve el regalo de tenerle a él como profesor.

Él escribió muchos libros sobre María pero especialmente (si alguno quiere profundizar más en las cosas que voy a explicar) cito el siguiente libro del P. Cándido Pozo: "María en la Escritura y en la fe de la Iglesia", libro que está publicado en B.A.C. Popular.

08:29

Y también voy a decir que, cuando teníamos a este jesuita venerable como profesor nuestro de Mariología, tenía yo un compañero de curso junto a mí que se llamaba Francisco María. Bueno, pues, héteme aquí que Francisco María (que éramos compañeros de curso y nosotros teníamos dieciocho añitos –fíjate bien, ¿no?–), pues, este compañero mío, actualmente, es el profesor de Mariología en este Seminario en el que yo fui alumno. Y también me voy a servir de sus enseñanzas, tanto del P. Cándido Pozo como de este que fue compañero mío de curso.

Bien. Y voy entrando en materia. Voy a decir que hay un libro clave del cual, también, en esta primera sesión me voy a servir: un libro que fue publicado por el que fue, posteriormente, Papa Benedicto XVI. Cuando Joseph Ratzinger, cardenal prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe (mucho antes de haber sido elegido como sucesor de Juan Pablo II), fue entrevistado por un conocido periodista llamado Vittorio Messori, publicó un libro que creo que fue clave en la vida de la Iglesia: en el año 1985 publicó un libro llamado "Informe sobre la fe". Yo me ordené sacerdote el año siguiente, el año 86, y aquel libro a mí me hizo un bien inmenso, porque eran años en los que se estaba originando una crisis muy grande en la vida de la Iglesia, en los que se estaba –como he dicho antes– recibiendo de una manera muy equivocada la enseñanza del Concilio Vaticano II, en una clave de discontinuidad, de romper con la Tradición. Se estaban enseñando cosas inauditas, como que María no era virgen, como que los milagros no son

¹ Jn 19,27.

históricos, se estaba cuestionando la misma divinidad de Jesucristo... Y, entonces, claro, en aquel libro llamado Informe sobre la fe, Joseph Ratzinger, cardenal prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, también puso su llamada de atención, dio la voz de alarma sobre la gran crisis que se estaba viviendo. Crisis que Juan Pablo II afrontó con mucha decisión; y todavía, obviamente, no tenemos que bajar la guardia porque esa crisis sigue, ¿no?, la crisis de la secularización [advierde severamente:] **interna** en la vida de la Iglesia, porque lo peor no es la secularización que acontece en la sociedad, sino que nosotros dentro de la Iglesia, a veces, asumimos formas de pensamiento que son propias del mundo y no de la Iglesia.

11:10

Bien, pues, la devoción a la Virgen María entró, sin duda alguna, también en crisis en aquellos años. Y, entonces, Joseph Ratzinger, en este libro, subrayó que había dos fórmulas antiguas que habían sido consideradas exageradas (fórmulas antiguas me refiero, referidas a la Virgen María), que, en su opinión, no eran nada exageradas, y que seguían siendo muy importantes como elementos de discernimiento de lo que es la verdadera fe en María .

¿Cuáles son esas dos fórmulas, que son como criterios interpretativos para entender lo que es la figura de María?

La primera es un adagio latino que dice: «De María, numquam satis». ¿Qué significa eso en castellano o en español? De María, nunca se dirá suficientemente, o sea, siempre nos quedaremos cortos hablando, ensalzando y alabando a María. En María Dios derramó tan grandes gracias, tan abundantes, que no hay palabras suficientes para referirnos a ella.

Eso no es ninguna exageración. «De María, numquam satis», es decir, por mucho que alabemos a María, nos vamos a quedar cortos. Es tan maravillosa, es tan bella, es tan santísima, tan purísima, que vamos a necesitar, pues, toda nuestra vida para seguir alabándola. Te llamarán bienaventurada todas las generaciones².

La segunda fórmula, también recogida en ese libro al que me refiero (Informe sobre la fe), es la siguiente: "María es enemiga de todas las herejías". Es decir, la tradición católica siempre había dicho que la Mariología está tan íntimamente conectada con el resto de los tratados teológicos, que cuando hay un error en alguna otra materia de fe, eso se resiente en la Mariología. O sea, la fe en María se queda afectada cuando negamos, por ejemplo, la divinidad de Jesucristo, o la ascensión a los cielos... Es decir, todos los artículos de la fe están perfectamente ligados: es como un castillo de naipes, en el que, si uno quita una carta de abajo, pues, se resiente el conjunto entero.

Y por eso María es enemiga de todas las herejías, porque la fe mariana nos ayuda a que confesemos la fe [traza una gran esfera con los brazos:] íntegramente, a que la integridad de la confesión de la fe sea mantenida por todos y cada uno de los católicos.

Bien, en ese libro, Informe sobre la fe, como decía el entonces cardenal prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger, habló de seis motivos para es-

² Cf. Lc 1,48.

tudiar la Mariología. Seis motivos para profundizar más en nuestra fe en la Virgen María, y voy a entrar a describirlos.

14:08

El primer motivo:

¿Por qué es importante profundizar más en la fe de la Virgen María? Quizás os va a llamar la atención: es un motivo crístocéntrico.

Refiero una anécdota que aconteció en uno de esos viajes apostólicos en los que Juan Pablo II, en los aviones (como hace actualmente el Santo Padre también), pues, departía con los periodistas durante el viaje en el avión. Entonces, como el Papa Juan Pablo II era tan mariano, tan devoto de María (hasta el punto de que tenía como lema de su pontificado el "Totus tuus", todo de María, totalmente de María, ese adagio de san Luis María Griñón de Monfort), un periodista le preguntó:

–Santo Padre, ¿por qué es usted tan mariano?

Y él respondió:

–¡Por motivos crístocéntricos!

Que fue una respuesta sorprendente, ¿no? ¿Por qué es usted tan mariano? Por motivos crístocéntricos, porque el primer motivo para hablar mucho de María y para profundizar en ella es porque reconocer a María en el puesto que la fe le ha dado, significa fundar nuestra fe crístocéntrica. La fe en la Virgen María **no nos descentra** de Jesucristo. No, no. En absoluto. La fe en la Virgen María está perfectamente centrada en Jesucristo. En la medida de que tengamos más devoción a la Virgen María, eso nos va a ayudar a centrarnos más en Jesucristo. La devoción a la Virgen María no nos descentra de Cristo, *todo lo contrario*.

15:55

Esto es una cosa muy importante. El Catecismo de la Iglesia Católica dice en el punto 487:

"Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina, a su vez, la fe en Cristo".

Es decir: todos los dogmas que proclamamos sobre la Virgen María están al servicio de la fe en Jesucristo.

16:26

Sabéis que son, principalmente, cuatro los dogmas católicos sobre la figura de María: el dogma de María Madre de Dios, el dogma de María como Virgen, el de la Inmaculada Concepción y el de la Asunción a los cielos.

Bueno, pues, estos cuatro dogmas, cada uno de ellos no tiene otra finalidad que iluminar más la identidad de Jesucristo, su divinidad, su centralidad. Por ejemplo:

- Cuando decimos que María es Madre de Dios estamos subrayando la divinidad de Jesucristo; el título mariano de María Madre de Dios lo que hace es centrarnos en Jesucristo como Dios, y no sólo como hombre.
- Proclamar a María como Virgen antes del parto, en el parto y después del parto – hablaremos de ello–, es proclamar que Dios es soberano Creador de cielos y tierra, capaz de hacer milagros. Dios, sólo Dios es capaz de hacer los milagros, ¿no?, el que creó el mundo de la nada, es la soberanía del Dios creador desde la nada.
- Hablar de María la Inmaculada, la Inmaculada Concepción de María, es fijar los ojos en que Jesucristo: es el redentor del pecado, el que a nosotros *nos perdona* nuestros pecados, y a ella *le preservó* de ellos. Es fijarse en Cristo Redentor.
- Hablar de María Asunta a los cielos en cuerpo y alma (como hacemos en esa fiesta del 15 de agosto) es fijarnos en Jesucristo que nos llama a compartir con Él la gloria en la vida eterna.

Es decir, si nos fijamos en las fiestas de María, nuestros ojos no se quedan en ella sino que se centran en Jesucristo. *Por María vamos a Jesús*. Luego cuanto más fe tengamos en María, más centrados estamos en Jesucristo. Esta es la primera razón para profundizar en nuestra fe mariana.

18:24

El segundo motivo:

La fe en María nos ayuda a tener una plena recepción de la Revelación de Dios.

Dice así, en aquel libro Informe sobre la fe el entonces cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, monseñor Joseph Ratzinger: "Nuestra fe mariana, además de ser cristocéntrica, nos enseña a entender y a recibir bien la Revelación tal y como la fe católica la explica, porque la fe católica dice que la Revelación de Dios la recibimos a través de dos cauces: las Sagradas Escrituras y la Tradición.³ Esta es una afirmación que hace el Concilio Vaticano II en la Constitución Dei Verbum, n° 9, en la que dice: Dios ha tenido dos cauces para transmitir la Revelación, que son la Biblia (la Sagrada Escritura), pero ¡jojo!, también la Tradición de la Iglesia: a través de la Tradición de la Iglesia también recibimos la Revelación de Dios.

19:39

¿Cómo es esto? Bueno, pues, porque el Espíritu Santo no sólo se limitó a inspirar a los autores sagrados de los libros bíblicos sino que también, conforme a la promesa de Jesús, el Espíritu Santo también está actuando en la Tradición de la Iglesia. Fue Jesús el que dijo –recordad–: Yo os enviaré el Espíritu Santo (después de que Jesús ascendiese a los cielos) y él (el Espíritu Santo) os seguirá explicando todo cuanto os he enseñado⁴. Él irá explicando todas las palabras de Jesús hacia la verdad plena. Luego la Revelación la recibimos no sólo de lo que está *escrito* en la Sagrada Escritura sino también recibimos la Revelación de esa Tradición que el Espíritu Santo, *a través del Magisterio*

³ El transcriptor no cierra las comillas porque no sabe dónde acaba la cita.

⁴ Cf. Jn 14,26.

de la Iglesia, nos ha ido permitiendo entender con más profundidad el significado de la Sagrada Escritura.

20:38

Pues, bien, tengamos en cuenta que la Mariología, nuestra fe en María, supone una justa relación e integración entre la Biblia y la Tradición como las fuentes desde las cuales hemos ido configurando la fe en la Virgen María.

Estos cuatro dogmas de la Virgen María a los que me he referido antes (la Maternidad Divina, la Virginitad perpetua, la Inmaculada Concepción, la Asunción de María a los cielos), algunas veces hemos escuchado, sobre todo a personas del ámbito protestante o evangelista:

–Y esto ¿en qué parte de la Biblia está, en qué pasaje de la Biblia está?

Claro que hay bases escriturísticas (ya las explicaremos), pero es que también la fe en María no sólo viene de la Sagrada Escritura, sino que la Revelación también la recibimos de la Tradición de la Iglesia, porque el Espíritu Santo se comprometió, por las palabras de Jesús, a acompañar a la Iglesia desde el mismo momento en que Jesús ascendió a los cielos, para irnos haciendo entender, profundizar, el sentido último y profundo de las palabras de Jesús.

21:49

Por lo tanto, la fe en María (en su Maternidad divina, en su Virginitad perpetua, en su Inmaculada concepción, en su Asunción a los cielos) no sólo la hemos basado en la Sagrada Escritura sino también en la santa Tradición, en la que el Espíritu Santo, durante dos mil años, obviamente, ha asistido a su Iglesia.

Recordad ese texto: Os conviene que yo me marche al cielo, dice Jesús, porque si yo no me voy, no vendrá a vosotros el Espíritu Santo, y él llevará a su término, a su plenitud todo cuanto os he explicado⁵.

Esta es la segunda razón, por lo tanto, para estudiar bien la Mariología. La primera es para centrarnos bien en Jesús: cuanto más fe tengamos en María, mejor centrados estaremos en Jesús. La segunda que hemos dicho es la recepción plena de la Revelación, a través de la Escritura y de la Tradición.

23:01

En tercer lugar, la tercera razón que está esgrimida en ese libro de Informe sobre la fe:

María nos ayuda a tener una visión de conjunto de la Sagrada Escritura, de entender cómo hay un lazo de unión entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, entre el judaísmo y el cristianismo, entre la sinagoga y la Iglesia.

¿Sabéis una cosa? Que el judaísmo y el cristianismo **no son dos religiones**, en el fondo es una sola. María ¿qué era, judía o cristiana? María era una fiel judía que dio a luz la cumbre del judaísmo, que fue Jesucristo. Luego María es una fiel judía y una fiel cristiana. Es que el judaísmo y el cristianismo no son dos religiones, es que el judaísmo

⁵ Cf. Jn 16,7.

ha nacido de la Revelación de Dios para [abre los dedos a modo de una flor que se da] dar a luz a Jesús, el cristianismo. Luego María ayuda en gran parte, en gran medida a entender la unión del Antiguo y del Nuevo Testamento.

María formó parte del resto fiel del pueblo judío que esperaba la llegada del Mesías. Por eso, insisto, judaísmo y cristianismo no son dos religiones: es una. Y María, ella es la imagen del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, plenamente escondido.

24:15

Cuarta razón para profundizar en la Mariología:

Es importante que la fe sea algo que nazca del corazón, no sólo de la mente, no sólo de la razón. Y la devoción a la Virgen María pone corazón, pone sentimiento en la religiosidad. Cuando una religiosidad no tiene a María, cuando hemos abandonado la figura de la Virgen María, nos falta corazón, nos falta sentimiento: la fe es demasiado fría. Los racionalismos han hecho mucho daño al cristianismo. Los racionalismos (a veces disfrazados de *teologías*, por cierto, ¿eh?) a veces calientan la cabeza y enfrían el corazón. Por desgracia ha habido mucha teología racionalista en esos años de crisis del posconcilio.

Permitideme una anécdota también de san Juan Pablo II, cuando el año 82 visitó España, visitó muchos lugares, entre ellos también visitó la *cuna* de los teólogos, ¿no?: la facultad de Salamanca. Y allí en Salamanca, cuando se dirigió a los teólogos, les dijo la importancia de que la teología sea *arrodillada*. ¡Ojo!: la teología tiene que ser arrodillada. La teología no tiene que ser cosa de «l i b r o s» [se queda unos instantes recalando la negación con la cabeza]. Sirve de muy poco tener la cabeza llena de teorías si el corazón **no arde, no arde de amor**. Por eso la devoción a la Virgen María hace que el corazón arda, no sólo que la mente se llene de ideas.

25:52

Una religiosidad sin María es una religiosidad sin corazón, sin sentimiento. Yo, obviamente, no estoy hablando de puro sentimentalismo; sabemos que es más importante la convicción que el sentimiento, pero la convicción va acompañada generalmente del sentimiento. Una sana religiosidad tiene que tener un equilibrio entre la razón y el sentimiento. Y María nos ayuda en gran medida a poner corazón, sentimiento en nuestra fe.

El corazón tiene razones que la mente no es capaz de comprender⁶, ¿no? Por eso la devoción a María, bueno, pues, garantiza que la fe **sea sentida**, [se lleva el puño a su pecho y enseguida lo proyecta hacia afuera con entusiasmo:] que **brote del corazón**, que brote de lo más íntimo; que se nos salten las lágrimas cuando, desde la invocación de la Madre, nos acercamos al misterio de Dios. Eso es una razón importante.

⁶ Cf. Blaise Pascal.

Quinta razón para profundizar más en el estudio de la Virgen María:

Pues, fijaros, una razón de tipo eclesial, porque la Virgen María muestra a la Iglesia cuál es la vocación eclesial. ¿Cuál es la vocación eclesial, a ver: la Iglesia ¿para qué está?

Pues, ¡nos lo dice María ! ¡Nos lo enseña la Virgen María!: la Iglesia está para ser MADRE. Es que sin la Virgen María la Iglesia no sabe [muestra una expresión de desvalimiento] cuál es su vocación, no sabemos para qué estamos...

María muestra a la Iglesia a ser Madre, la Iglesia está para ser Madre. Entre la Iglesia y la Virgen María hay una iluminación mutua.

Digamos que María es figura, imagen, modelo de la Iglesia, y, por lo tanto, es importantísima para que entendamos el ser de la Iglesia.

Hoy en día, a veces, nuestro Papa Francisco suele decirlo con mucha frecuencia: ¡Ojo!, que la Iglesia no es una ONG. A veces, parece que la Iglesia, como si fuese una institución, una ... ¡No! ¡La Iglesia es madre, es una MADRE! Luego no la organicemos, no la presentemos como si fuese una institución llena de oficinas, una ONG; no. La Iglesia antes que nada es Madre.

Y, frente a la tendencia a hacer de la Iglesia un puro moralismo, nosotros, especialmente, estamos llamados a descubrir a partir de María, en ella, alguien que da a luz a sus hijos para la vida de gracia, para la vida del mundo.

A veces hemos reducido la fe a una abstracción, y una abstracción no tiene necesidad de madre.

Nosotros recurrimos a María como aquella que nos ayuda a dejarnos cuidar por la Iglesia. María dice: mira, la Iglesia es un reflejo mío. En este rostro [se vuelve hacia la hermosa imagen que tiene detrás] tan bello de María vemos reflejado el rostro de la Iglesia.

Y, por último, la sexta razón para profundizar en la fe mariana:

María es el verdadero modelo de la feminidad.

Por desgracia, el movimiento feminista radical ha distorsionado en gran medida la dignidad de la mujer. A veces, incluso, se ha venido a decir, ¿no?: la mujer libre tiene que estar liberada de la maternidad. Entonces, el aborto, la reivindicación del aborto, es la reivindicación de la *mujer libre*. Pero, si la libertad de la mujer consiste en atentar contra lo que es constitutivo de su mayor dignidad, que es la maternidad, entonces resulta que el supuesto feminismo es autodestructivo de la dignidad de la mujer.

La promoción de la mujer es también la promoción de la maternidad. Es la promoción de la comunión familiar, [lo que sigue lo dice muy despacio y pausado:] y, detrás de la comunión familiar, se esconde la clave esponsal. La felicidad nos la jugamos con la clave de la comunión, no con la clave de la autonomía: uno no es feliz siendo autónomo.

"¡Autónomo, yo me basto por sí mismo, no necesito de nadie pa' ser feliz!".

Mentira. No es así, no es verdad. La felicidad consiste en la comunión entre nosotros. Y en la familia, la comunión pasa por la sponsalidad. Luego la auténtica dignidad de la mujer requiere la enseñanza de María a ser esposa, la enseñanza de María a vivir en comunión. María nos enseña lo que es la sponsalidad. María nos enseña lo que es vivir la comunión.

31:01

Uno piensa lo que era el hogar de Nazaret, esa comunión sponsal entre María y José, esa armonía maravillosa de la Sagrada Familia de Nazaret. Ahí nos jugamos nuestra felicidad.

Fijaros, la felicidad, la dignidad de la mujer nos la jugamos en la comunión de la familia.

Me acuerdo de una viñeta humorística que vi en un periódico, con motivo de las jornadas feministas, etc., y le preguntaba una mujer a la otra:

—¿Es usted feminista?

Y la otra mujer, que estaba rodeada de sus hijos, decía:

—No, yo soy *familiarista*.

Porque la clave de la dignidad de la mujer no está en la lucha por el poder: «¿quién manda?, ¿manda el hombre, manda la mujer?», como si eso fuese una especie de dialéctica de la «lucha de poder». No, en donde nos jugamos la felicidad es en la comunión frente al individualismo. En la sponsalidad frente a esa soledad en el corazón del hombre. El corazón del hombre, el corazón de la mujer están hechos para la sponsalidad.

Por lo tanto, María es el verdadero modelo de feminidad. Desde la sensibilidad cristiana creemos en un sano feminismo. Pero ese sano feminismo tiene un nombre, es: María.

Bueno, pues estas son las seis razones que en aquel libro, digamos tan clave en aquellos años críticos de la década de los 80, Informe sobre la fe, en que aquel periodista, Vittorio Messori, entrevistaba a Joseph Ratzinger, y le daba las respuestas para iluminar la deriva, para dar una respuesta frente a la deriva de la secularización interna en la vida de la Iglesia, entonces decía: hay que recuperar la fe en la Virgen María, no tener miedo a subrayar nuestra devoción a ella, porque, y fijaros, estos son los seis argumentos porque cuanto más alabemos a María, más le amemos, más centraremos nuestra fe en Jesucristo. No tengamos miedo a que si alabamos mucho a María nos vamos a descentrar de Cristo.

Y, además, al acoger la fe en María, nos abriremos a la plena Revelación, a través de la Escritura y a través de la Tradición, Y, además, en tercer lugar, aprenderemos que la Sagrada Escritura tiene una gran conjunción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y, además, en cuarto lugar, la cuarta razón, descubriremos que nuestra fe tiene corazón, que tiene sentimiento, y María nos ayuda a amar con todo el corazón y con todo el afecto, como lo hacen las madres. En quinto lugar, ella nos descubrirá cuál es el ser y

la vocación de la Iglesia: la Iglesia es Madre, no una mera institución; no. Es MA-DRE. Y por último y en sexto lugar, nos enseñará también cuál es el modelo de la feminidad, en María vemos ese modelo de feminidad.

34:21

Bien, permitidme algunas aclaraciones de partida para situarnos bien en este cursillo sobre la Mariología (del cual hoy hacemos una primera sesión a modo de introducción y de contextualización).

¿Por qué he elegido como título el de "Madre de nuestra fe"?

Bueno, pues, me parece importante señalarlo. A ver: frente a algunos errores, hay que decir que el modelo de nuestra fe es María, no es Jesús. A ver si me explico en esto:

Si os fijáis, en la Sagrada Escritura, en ningún momento se dice que Jesús «tuviese fe», «cómo era la fe de Jesús»... No. Tal cosa no se dice en la Sagrada Escritura. No. Jesús, no olvidemos, siendo verdaderamente hombre con todas las consecuencias, es una Persona Divina, y como **Persona Divina** que es, obviamente, su relación con Dios Padre no puede ser una relación de fe. Sería un grave error. Eso es un error, el decir que Jesús es nuestro modelo de fe es un error que el Magisterio de la Iglesia en más de una ocasión ha refutado en algunos autores, por ejemplo, conocidos autores como Leonardo Boff o Jon Sobrino, han hecho afirmaciones erróneas del tipo de que «Jesús fue un extraordinario creyente», y tuvo fe, que «la fe fue el modo de existir de Jesús», eso es incorrecto.

La relación filial que Jesús tenía con el Padre es **singular, irrepetible**; no es como la nuestra. Jesús no es un *creyente* como nosotros, ¡no! Jesús tiene una intimidad con el Padre porque es Persona Divina, y, como Persona Divina, tiene una intimidad con el Padre que está en un orden muy superior al de la fe.

De hecho, el Evangelio de san Juan subraya cómo Jesús ve al Padre. Por ejemplo, en el capítulo 6º de san Juan, versículo 46: "Aquel que ha venido de Dios, éste ha visto al Padre". Jesús goza de una visión que va más allá de la fe.

Y es que, si Jesús fuese un mero creyente como nosotros, pues, **no podría** ser el revelador del Padre. Es que Jesús **nos revela al Padre** para que nosotros tengamos fe.

36:56

El Catecismo de la Iglesia Católica en el punto 474 subraya esto. Dice:

"El conocimiento humano de Cristo, por su unión [¿no?, por esa unión hipostática de la humanidad] con el Verbo eterno, gozaba de la plenitud de la ciencia, de los designios eternos que había venido a revelar".

Es decir, Jesús tenía un conocimiento de los misterios de Dios muy superior como Persona también Divina; tenía un conocimiento humano pero también compartía un conocimiento divino.

Bueno. Pues, esto es importante. Por eso he querido elegir como título de este Curso "Madre de nuestra fe", porque, como digo, Jesús no es el modelo de nuestra fe, no, **es María** el modelo de nuestra fe. Jesús es el **revelador** del Padre, y María es nuestro modelo de fe.

Ella es la discípula de Jesucristo, ella es la imagen del verdadero discipulado.

¿Os acordáis de...? No sé si vosotros en vuestra infancia tuvisteis el mismo Catecismo que yo tuve, y nos preguntaban:

–¿Eres cristiano?

–Soy cristiano por la gracia de Dios.

–¿Qué quiere decir cristiano?

–Cristiano quiere decir discípulo de Cristo.

Discípulo de Cristo es aquel que sigue a Jesucristo, que cree en Él por la fe, que intenta imitarle, que intenta que su vida sea como una réplica de la vida de Jesucristo. Ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí⁷, dice san Pablo. Un cristiano no sólo es aquel que cree en las cosas que dijo Jesús, sino es aquel que intenta conformar su vida a la de Jesucristo; que intenta adecuar su forma de pensar, su forma de sentir, el horizonte de su vida al de Jesucristo. Es como aquel que **revive** el misterio de Jesucristo en su vida. María es la perfecta discípula de Jesucristo, la que revive el misterio de Cristo en su vida, es la peregrina en la fe: toda la vida de María fue una peregrinación en la fe.

39:14

Pues, bien, fijaros cómo para iluminar esto hay muchas fiestas marianas que son, en el fondo, como un eco del Misterio de Jesús. Por ejemplo:

– Se celebra el día del Sagrado Corazón de Jesús; bueno, al día siguiente es el Corazón Inmaculado de María. ¿Por qué? Porque el Sagrado Corazón de Jesús, lo que quiere es que en nosotros se vaya conformando un corazón a su imagen y semejanza, y María fue aquella, la perfecta discípula, la perfecta creyente, que conformó su corazón a imagen del Corazón de Jesús. Entonces, al día siguiente del Corazón de Jesús, es el Corazón Inmaculado de María. Y al día siguiente **[con cariño y gozo:]** debería ser el día de tu corazón y el del mío, porque también nosotros tenemos que conformar nuestra vida al Corazón de Jesús como hizo María.

– Y por ejemplo, también, celebramos la festividad de Cristo Rey; pero, luego, también celebramos la festividad de María Reina. O sea: Cristo es el Rey, pero Jesucristo ha hecho partícipe, a la que fue fiel discípula suya, de ese Señorío, de ese Reinado. Estamos llamados a reinar con Cristo en la medida en que somos fieles a Jesucristo, de que le seguimos, también nosotros somos reyes con Él, como lo es María.

– O, por ejemplo: la festividad del Buen Pastor. Y, curiosamente, hay una advocación de la Virgen María (que está nacida en Sevilla, en España, allá por el año 1703), una advocación que se llama de la Divina Pastora. O sea, a la Virgen María se le llama Divina

⁷ Cf. Gal 2,20.

Pastora en el sentido que, hay un único Pastor, que es Jesucristo, pero Jesús, a los que son fieles seguidores suyos, les hace copartícipes, por su misericordia, de su don de pastorear al Pueblo de Dios, y María nos cuida. Cuando su Hijo le dijo: "Ahí tienes a tu hijo"⁸, cuídalo. ¡Pues eso es lo que María está haciendo, también es una pastora; está pastoreándonos! Y nosotros, por cierto, estamos también llamados, si fuésemos auténticos discípulos de Jesús, a pastorear a nuestros hermanos: no sólo somos ovejas, también somos pastores.

41:34

Y podría poner muchos más ejemplos.

– Por ejemplo, el 14 de septiembre se celebra la Exaltación de la Santa Cruz. Al día siguiente, el 15 de septiembre, se celebra María Madre de los Dolores, o sea, la Virgen María participa de esa Pasión de su Hijo: Jesús sufrió la cruz, pero también esa espada que atravesó el Corazón de Jesús, también pasó por el corazón de María, le atravesó la espada su corazón⁹.

O sea, que el Misterio de Jesús y de María está totalmente unido: María es como un eco de la vida de Jesús.

María es nuestro modelo de fe, la que ha sabido imitar a Jesucristo en la fe.

Corazón de Jesús, Corazón de María. Buen Pastor, Divina Pastora. Cristo Rey, María Reina. Exaltación de la Santa Cruz, Nuestra Madre de los Dolores. Etc., etc.

O sea, vemos en María ese modelo de imitación de Jesucristo. Estamos llamados a ser otro Cristo. ¿Qué es un cristiano? **Otro Cristo**. Eso ha sido María: María ha sido otro Cristo. Y es maravilloso entender que en María vemos lo que Dios quiere hacer en nosotros. Es nuestro modelo de fe, es nuestra Madre de la fe.

En el fondo, fijaros (y voy a concluir con esto), entre el Misterio de Jesús y la figura de María ha habido una integración, una colaboración máxima.

Fijaros cómo el día 25 de marzo, el día de la Encarnación o el día de la Anunciación, ese día de la llegada, de la entrada del Verbo en el mundo, el que comienza esta gestación, en el seno de María, de la vida de Jesús, nueve meses antes del 25 de diciembre, cuando Jesús nace, ¿no? El día de la Encarnación, el día de la Anunciación es una fiesta que la podemos llamar con estos dos nombres: día de la Encarnación y día de la Anunciación, porque es un día, es un misterio en el que [simboliza con su mano izquierda:] el don de Dios y [simboliza con su mano derecha:] el sí de María acontecen [ahora junta las dos manos:] al mismo tiempo.

Dice la carta a los Hebreos, cap. 10, versículo 7¹⁰: Al entrar en el mundo, el Verbo dijo: He aquí que vengo a hacer la voluntad del Padre, he aquí que vengo a hacer tu voluntad. El Verbo al entrar en el mundo en la Encarnación dijo: He aquí que vengo a

⁸ Jn, 19,26.

⁹ Cf. Lc 2,35.

¹⁰ Glosado.

hacer tu voluntad. Y, en ese mismo momento (lo tenéis en Lc 1,38), María dijo: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Es decir, Jesucristo es el «¡Hágase!», y María también es el «¡Hágase!». Jesucristo nos ha redimido diciendo «¡Hágase!», que se haga la voluntad del Padre, y María ha *replicado* ese «¡Hágase!» en su vida.

44:38

Ser cristiano es decir que **[con gran energía:]** se haga la voluntad de Dios. Ser cristiano es decir «¡Hágase!». Y eso lo pronunció Jesucristo al entrar en el mundo, el Verbo dijo tal cosa ante el Padre. Padre, envíame, aquí me tienes, he aquí que vengo a hacer tu voluntad; soy enviado al mundo para hacer la voluntad del Padre para la Redención del mundo. Y en ese mismo momento, como un eco del ¡sí! de Cristo al Padre, María pronuncia su ¡sí! propio, dice: «¡Hágase!».

Por eso, el misterio de Cristo y el misterio de María están tan unidos, que es como un eco. Todos sabemos lo que es un eco, ¿no?: cuando alguien grita **[da una palmada sonora:]** y se escucha esa palmada en el eco del valle. María es el eco del ¡Sí! de Cristo a la voluntad del Padre.

Es nuestro modelo de fe.

Entonces, bueno, pues, sencillamente os deseo que este cursillo que vamos a desarrollar a lo largo de esta semana, en estas cinco sesiones, nos permita ir adentrándonos, poco a poco, en este misterio de María como Madre de nuestra fe.